

TOMO I

H O M E N A J E

Luis Jaime Cisneros

Capítulo 7



Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Perú
FONDO EDITORIAL 2002

Homenaje Luis Jaime Cisneros
Tomo I

Editor: Eduardo Hopkins Rodríguez

Diseño de carátula: Giselle Scheuch

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica
del Perú. Plaza Francia 1164, Lima
Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Obra Completa rústica:
9972-42-473-1
Tomo I: 9972-42-474-X
D.L. 1501052002 2422

Obra Completa tapa dura:
9972-42-476-6
Tomo I: 9972-42-477-4
D.L. 1501052002 2421

Primera edición: julio de 2002

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier
medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Aproximación a la conciencia lingüística de Borges

Álvaro Cerrón-Palomino López
Pontificia Universidad Católica del Perú

El sujeto es casi gramatical y así lo anuncio para aviso de aquellos lectores que han censurado (con intención de amistad) mis gramatiquerías y que solicitan de mí una obra humana. Yo podría contestar que lo más humano (esto es, lo menos mineral, vegetal, animal y aun angelical) es precisamente la gramática.

Jorge Luis Borges, «Indagación de la palabra»

SOBRE LA OBRA DE JORGE LUIS BORGES se ha escrito y se seguirá escribiendo innumerables páginas en las diferentes lenguas de los continentes a los que ha llegado. No hace falta ser un especialista en la producción borgeana para advertir que la crítica ha sido más fecunda en cuanto a su narrativa y poesía que en cuanto a su producción ensayística. Debido a nuestra formación —evidentemente más lingüística que literaria— no tan comprometida con la función estética, es, en este último rubro y, en particular, en las ideas acerca del lenguaje que el mencionado autor maneja explícita o implícitamente, en que se inscriben las reflexiones y acotaciones que presentamos a continuación.

Este trabajo se centrará básicamente en los siguientes ensayos de Borges: «El idioma infinito» y «Palabrería para versos» del libro *El tamaño de mi esperanza*, aparecido inicialmente en 1926; «El idioma de los argentinos» e «Indagación de la palabra» de *El idioma de los argentinos*, publicado por primera vez en 1928; y, por último, «Las alarmas del doctor Américo Castro», que se remonta a 1941 y que apareció posteriormente en *El lenguaje de Buenos Aires*, publicado junto con José Edmundo Clemente en 1952. Si bien es cierto que el interés del autor por el lenguaje se puede apreciar a lo largo de casi toda su obra ensayística, hemos elegido los textos en cuestión porque son los que, de modo más directo, barruntan la concepción lingüística borgeana, y porque a partir de ellos se puede extraer —aunque quizá no de

manera orgánica— algunas de sus ideas relacionadas con la filosofía del lenguaje, la lingüística general, la dialectología, la sociolingüística y la lexicografía.

Empezaremos por las fuentes de pensamiento lingüístico que se le suele atribuir a Borges. Se sabe que el autor no pocas veces citó en sus trabajos a gramáticos como Bello y a filósofos que reflexionaron sobre el lenguaje, como Croce, Schopenhauer y Mauthner.¹ Este último (1849-1923) es considerado el autor que mayor influencia ejerció sobre Borges en cuanto a su filosofía del lenguaje.²

Siguiendo a los dos autores mencionados anteriormente, podemos resumir la concepción mauthneriana del lenguaje en los siguientes postulados:

1. El lenguaje es un sistema arbitrario de símbolos independientes de la realidad. Esta idea, que coincide en grandes rasgos con la noción de *sistema* estructuralista, evidencia el carácter inmotivado de los signos lingüísticos: cualquier signo podría hacer alusión a cualquier objeto del mundo sensible, así como también se podría emplear cualquier signo para designar a un objeto inteligible, abstracto, ajeno al mundo físico. Precisamente allí reside su carácter simbólico (en el sentido que le da Peirce): sus elementos no guardan ninguna relación necesaria o motivada con los objetos a los que se aplican.³

2. Solo tenemos acceso a una realidad configurada por el lenguaje mismo. Esta idea supone la estructuración de la realidad a partir del lenguaje: no conocemos ni conoceremos realmente el mundo, sino la caracterización que de él nos viene impuesta con las lenguas. Ello

¹ Se puede apreciar menciones a la mayoría de estos autores en «Indagación de la palabra».

² ECHEVARRÍA, Arturo. *Lengua y literatura de Borges*. Barcelona: Ariel, 1983; DAFÍA, Silvia. «De la filosofía a la crítica del lenguaje: Fritz Mauthner y Jorge Luis Borges». En: TORO, Alfonso de y Fernando de TORO (eds.). *Jorge Luis Borges. Pensamiento y saber en el siglo XX*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana, Vervuert, 1999.

³ Al respecto, nos dice Rivarola: «En el símbolo, la relación entre el signo y el objeto se basa en una regla que determina la existencia de la relación. La relación entre signo y objeto en el símbolo no es, por lo tanto, ni una relación basada en la similaridad ni una relación basada en la contigüidad espacial o temporal, como en el caso de los íconos y de los índices, respectivamente. La conexión se basa en una convención, y no hay nada en el signo que lo predisponga o lo justifique para ser signo de su objeto». RIVAROLA, José Luis. *Signos y significados*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1991, p. 54.

implica una renuncia al conocimiento objetivo o absoluto, a la par que destaca su carácter subjetivo. Afirmar esto podría suponer, por ejemplo, que quienes hacen uso de una lengua como el italiano, que tiene el término *scala* para una escalera fija o portátil, estructuran esa realidad de un modo distinto a los usuarios del inglés, que tienen, para el primer objeto, el término *stairs*, y para el segundo, *ladder*.

3. Hay una equivalencia entre mente y lenguaje. Esto implica que los pensamientos son posibles gracias al lenguaje. Sin su existencia no podría haber un pensamiento estructurado, sino, en el mejor de los casos, un sistema cognoscitivo basado en el instinto, la experiencia y el estímulo, similar al de algunos animales.

4. El conocimiento a través del lenguaje es imposible. Esta idea está relacionada directamente con la segunda de la presente relación. Un conocimiento totalmente objetivo, es decir, desligado de la percepción del hablante, no puede sostenerse en este tipo de concepción lingüística, donde el conocimiento (que se supone va más allá de la mera experiencia física) necesariamente pasa por el tamiz del lenguaje.

5. El sistema que es el lenguaje no puede ser cerrado, pues una modificación en el conocimiento de una época podría significar una diferente configuración de la realidad. Como las concepciones mentales pueden verse alteradas, al haber identidad entre lenguaje y mente, el sistema de signos que es una lengua variará también; de allí su condición de sistema abierto. No quiere decir que todos los elementos del sistema variarán al mismo tiempo, sino que la relación entre estos, ante un giro conceptual, puede verse primero alterada y luego reacomodada.

6. El lenguaje no posee una existencia objetiva, es una actividad. No existe una entidad o un objeto del mundo que sea el lenguaje (este es la representación, aunque imperfecta, de aquel) sino, más bien, un uso que depende íntegramente de los hablantes. Es precisamente esta actividad la que permite al hombre «conocer» todo lo que sabe.

En líneas generales, la idea de un sistema de signos —no cerrado sino abierto a las innovaciones— que construye la realidad para los hombres, que les permite pensar organizadamente y que existe en tanto actividad de sus usuarios no parece contradecir los comentarios borceanos en relación con temas de interés lingüístico.

Sin embargo, si bien es cierto que Borges parece coincidir con Mauthner en la idea de que el lenguaje (o las lenguas) está compuesto por elementos de carácter simbólico, también es consciente de que, cuando emitimos enunciados lingüísticos, no lo hacemos sobre la base

de palabras o signos aislados. Así, pues, dividir la oración en partes o categorías morfológicas le resultaba más arbitrario que natural:

Es doctrina de cuantas gramáticas he manejado (y hasta de la inteligentísima de Andrés Bello) que toda palabra aislada es un signo, y marca una idea autónoma. Esa doctrina se apoya en el consenso del vulgo y los diccionarios la fortalecen [...] las palabras no son la realidad del lenguaje, las palabras —sueltas— no existen.⁴

Ahora bien, el escritor argentino despliega este razonamiento al preguntarse cuál es el mecanismo psicológico que nos permite comprender enunciados lingüísticos. No acepta la independencia de los signos en la cadena oracional pues, como señala, parece «imposible creer que el solo concepto *En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme*, esté organizado por doce ideas», sobre todo cuando es posible reemplazarlo por otros equivalentes, como *En un pueblo manchego cuyo nombre no quiero recordar*, compuesto por nueve signos y no por doce.⁵ Señala, además, que si a cada palabra correspondiera una idea, entendernos sería «tarea de ángeles y no de hombres».⁶

Sin embargo, cree entrever en su razonamiento una comprobación del pensamiento de Croce, quien «niega las partes de la oración y asevera que son una intromisión de la lógica».⁷ Lo que sostiene el filósofo italiano es lo siguiente:

La expresión es un todo indivisible; el nombre y el verbo no existen en ella, sino que son abstracciones forjadas por nosotros al destruir la única realidad lingüística, que es la *proposición*. La cual ha de entenderse, no al modo acostumbrado de las gramáticas, sino como organismo expresivo de sentido completo, que comprende a la par una exclamación muy simple y un vasto poema [*énfasis original*].⁸

⁴ BORGES, Jorge Luis [1928]. «Indagación de la palabra». En: BORGES, Jorge Luis. *El idioma de los argentinos*. Buenos Aires: Seix Barral, 1994, p. 15. En adelante, «Indagación».

⁵ BORGES, Jorge Luis, l. cit.

⁶ BORGES, Jorge Luis, art. cit., p. 14.

⁷ BORGES, Jorge Luis, art. cit., p. 15.

⁸ CROCE, Benedetto [1902]. *Estética*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1962, p. 232.

En realidad, no se trata de que Croce niegue rotundamente la existencia o utilidad de las palabras, sobre todo cuando cree que sí sirven para propósitos propedéuticos:

Bien distinto es el caso cuando se considera la gramática como mera disciplina empírica, es decir, como conjunto de esquemas útiles para el aprendizaje de las lenguas, sin pretensión alguna de verdad filosófica. En este caso, aun las abstracciones de las partes del discurso son admisibles y provechosas.⁹

Como se puede advertir, el razonamiento croceano, en primer lugar, no desdeña del todo la tradicional división de la oración en «partes del discurso» o categorías gramaticales como un modelo descriptivo, sino, más bien, como un modelo explicativo. En segundo lugar, cabe resaltar que Croce no indaga por el mecanismo psicolingüístico de la comprensión de enunciados, sino que trata de establecer una identidad entre estética y lingüística, a la par que se muestra contrario a las pretensiones normativistas presentes en muchas gramáticas.¹⁰

Por otra parte, llevando al extremo la cita arriba mencionada de Croce, Borges no cree posible que en un solo acto cognoscitivo alguien pueda hacerse «de todo el capítulo y aun de toda la obra» de un autor.¹¹ Es necesario insistir en que el estudioso italiano nunca imaginó la aprehensión de toda una obra en un solo momento cognoscitivo, solo rescataba la unidad que subyacía al concatenamiento de signos en los enunciados, literarios o no.

Es así como, negando la independencia de los signos en el momento de comprender un enunciado (posición que atribuye a los gramáticos) y el hecho de que la totalidad de un enunciado sea captada en un instante psicológico (posición que supone croceana), llega a la conclusión de que tal proceso en realidad se lleva a cabo mediante la disociación de las palabras «en pequeños grupos sintácticos, que responden a unidades de representación»,¹² que no son sino las frases o

⁹ *Ib.*, p. 234.

¹⁰ El propio Borges advierte esto al señalar que «Me dirán que hago trampa y que el alcance de esa doctrina no es psicológico, sino estético. A eso respondo que una equivocación psicológica no puede ser también un acierto estético». BORGES, Jorge Luis, *art. cit.*, p. 16.

¹¹ BORGES, Jorge Luis, *l. cit.*

¹² BORGES, Jorge Luis, *art. cit.*, p. 17.

sintagmas con que se suelen segmentar las oraciones en los análisis lingüísticos de constituyentes inmediatos,¹³ análisis ampliamente aceptados por la lingüística teórico-descriptiva moderna.

Consignamos las nociones anteriores como un marco básico para insertar las que nosotros creemos haber desentrañado de los textos mencionados. Como se podrá apreciar, las ideas que se presentarán a continuación no se contradicen con las introductorias, sino, más bien, las complementan: Borges fue más que un mero eco de las teorías mauthneriana o croceana del lenguaje, pues su inquietud lo llevó a plantear cuestiones en que los mencionados pensadores no necesariamente repararon.

Las lenguas no son algo acabado

Se ha señalado ya la influencia mauthneriana en Borges y su idea acerca de que el lenguaje no puede ser un sistema cerrado, pues cambia en la medida en que cambian las concepciones del mundo.

Además de esta posible herencia mauthneriana, no sería de extrañar que la siguiente idea de Croce hubiera influido en él:

Quando producimos nuevas palabras, transformamos, por lo común, las antiguas, variando y ampliando su significación; mas este procedimiento no es asociativo, sino *creador*, por cuanto la creación utiliza las impresiones como material, no del hipotético hombre primitivo, sino del hombre que vive en sociedad desde siglos, y que ha acogido y conserva, por

¹³ En realidad, pese a que Borges señala como fuente de este pensamiento a la *Psicología* de Spiller, también Andrés Bello dividía las partes de la oración en grupos sintácticos menores o *frases*. Ver BELLO, Andrés y R. CUERVO. *Gramática de la lengua castellana*. Buenos Aires: Sopena, 1960, p. 83. Cabe mencionar que el análisis de la oración de Cervantes que presenta Borges no tiene pretensiones de ser absoluto, sino tentativo, pues el autor ofrece dos formas alternativas: «*En un lugar / de la Mancha / de cuyo nombre no quiero acordarme* o *En un lugar de / la Mancha de / (cuyo nombre) no quiero acordarme*» (p. 18). Esta suerte de indecisión o, más bien, de precaución en el momento de segmentar una oración en sus constituyentes, también acompañará a Wells en el momento de dividir la oración *The king of England opened parliament*: analiza las posibilidades *The king of England / opened parliament* y *The king / of England opened parliament*. Se decide finalmente por la primera alternativa, no sin antes advertir que «*an analysis is not pronounced good or bad of itself, but only better or worse than some other*». Ver WELLS, Rulon. «Immediate Constituents». En: JOOS, Martín. *Readings in Linguistics I*. Chicago: Chicago University Press, 1947, p. 190.

decirlo así, tantas cosas en su organismo físico y, entre ellas, tanto lenguaje [*énfasis original*].¹⁴

Motivado o no por los dos filósofos anteriores, creemos que Borges fue más allá de esta posición y coincide con estructuralistas como Eugenio Coseriu, en que las lenguas no son sistemas cerrados en tanto que son un conjunto de posibilidades que el hablante y, con mayor razón, el literato, suelen explotar.¹⁵ Esto puede evidenciarse en el juicio que emite contra los «puristas» apegados a la Academia de la Lengua, pues señala que es una equivocación «la que postula lo perfecto de nuestro idioma y la impía inutilidad de refaccionarlo».¹⁶ Más aun, en «El idioma infinito» del libro *El tamaño de mi esperanza*, Borges apunta: «Lo que persigo es despertar a cada escritor la conciencia de que el idioma apenas si está bosquejado y de que es gloria y deber suyo (nuestro y de todos) el multiplicarlo y variarlo».¹⁷

Se puede entender, a partir de estas citas (y, con mayor razón, situándolas en sus contextos respectivos), que el autor es consciente de que las lenguas no son conjuntos finitos de signos; esa es una apariencia fomentada por las gramáticas y por los diccionarios, y la realidad es que diariamente los hablantes inventan nuevas palabras o cambian los significados de las mismas, ya sea por motivos expresivos o estéticos, ya sea por el afán de no ser entendidos, como en el caso del argot que emplean los delincuentes.

Luis Jaime Cisneros, refiriéndose a «El idioma infinito» ya mencionado, había advertido que «este tema del enriquecimiento posible del idioma ha visitado a Borges en más de una ocasión», y también había reparado en que ese «amillanamiento» del idioma que propugna Borges se concentra en el léxico.¹⁸

¹⁴ CROCE, Benedetto, ob. cit., p. 230.

¹⁵ Dice Coseriu: «Los grandes creadores de la lengua —como Dante, Quevedo, Cervantes, Góngora, Shakespeare, Puskin— rompen conscientemente con la norma [...] y, sobre todo, utilizan y realizan en el grado más alto las posibilidades del sistema» [*énfasis nuestro*]. Coseriu, Eugenio. COSERIU, Eugenio. *Teoría del lenguaje y lingüística general*. Madrid: Gredos, 1972, p. 99.

¹⁶ BORGES, Jorge Luis. [1928]. «El idioma de los argentinos». En: BORGES, Jorge Luis. *El idioma de los argentinos*. Buenos Aires: Seix Barral, 1994, p. 140.

¹⁷ BORGES, Jorge Luis [1926]. «El idioma infinito». En: BORGES, Jorge Luis. *El tamaño de mi esperanza*. Madrid: Alianza, 1998, p. 49.

¹⁸ CISNEROS, Luis Jaime. «1926: Borges y el lenguaje». *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*, n.º 21, 1986, p. 39.

Las maneras de «ensanchar el lenguaje» que Borges consigna en la obra antes mencionada son, básicamente, la derivación de adjetivos, verbos y adverbios a partir de cualquier sustantivo, el uso irrestricto de preposiciones como elementos de prefijación, el empleo transitivo de verbos intransitivos y a la inversa, y el empleo de las palabras en su sentido netamente etimológico.

De estas, una que destaca nítidamente es la última y, para ejemplificarla, basta con ir a la primera cita de Borges en este acápite y detenerse en el sentido de *refaccionar* que el autor emplea: es un uso estrictamente etimológico, pues el origen de *refacción* se remonta al latín *refectionem*, que viene de *reficere*, «rehacer». Así, por *refaccionar el idioma* debemos entender *rehacerlo, recrearlo, y no arreglarlo o componerlo*.

En general, creemos que Borges coincide con la escuela estructuralista que concibe las lenguas como sistemas de posibilidades explotables a partir de la creatividad de sus usuarios y el hecho de que su énfasis se haya concentrado en el vocabulario se comprende porque,¹⁹ como apunta Cisneros, «de lo que se trata es de inventar un léxico deliberadamente poético».²⁰

No existen dialectos mejores que otros

En el ensayo «Las alarmas del doctor Américo Castro», originalmente una reseña del libro del autor español titulado *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico* (1941), puede entreverse que Borges no creía en la superioridad de una variedad lingüística sobre otra. En la obra reseñada, Castro se quejaba de las innovaciones lingüísticas que se hacían en Buenos Aires y las catalogaba como «medios bárbaros de expresión», señalando, tácitamente, el correcto hablar de los peninsulares. A esto respondía Borges:

He viajado por Cataluña, por Alicante, por Andalucía, por Castilla; he vivido un par de años en Valldemosa y uno en Madrid; tengo gratísimos

¹⁹ Sin embargo, Borges comprende los procesos de formación de palabras de un modo *sintáctico*: «[...] el término *inmanencia* es una palabra para los ejercitados en metafísica, pero es una genuina oración para el que sin saberla la escucha y debe desarmarla en *in y manere: dentro quedarse*». BORGES, Jorge Luis. «Indagación», p. 20.

²⁰ CISNEROS, Luis Jaime, art. cit., p. 42.

recuerdos de esos lugares: no he observado jamás que los españoles hablaran mejor que nosotros.²¹

Estas palabras son las que Borges empleaba en defensa del habla bonaerense, caracterizada por sus «graves problemas» según Américo Castro. Que un erudito como el español creyera, aun en 1941, en la superioridad de algunos dialectos sobre otros, no es de sorprender, pues hasta hoy en día hay lingüistas que no pueden desligarse de la noción de «corrección» de los dialectos estandarizados, frente a la desviación de los marginales.²²

Edward Sapir, en 1921, había sido uno de los primeros lingüistas en pronunciarse contra los teóricos lingüísticos que creían en la superioridad de las lenguas, en particular el latín, el griego e, inclusive, el sánscrito:

El lingüista que insiste en hablar del tipo latino de morfología como del punto culminante del desarrollo lingüístico es como un zoólogo que viera en el mundo orgánico algo así como una enorme conspiración tendiente a producir el caballo de carreras o la vaca de Jersey.²³

Pero Sapir va más allá aun, y niega que existan, dentro de una misma lengua, variedades mejores que otras: «Por lo que toca a la forma lingüística, Platón camina mano a mano con el último porquerizo de Macedonia, y Confucio con el salvaje cazador de cabezas de Asam».²⁴

En esta línea de pensamiento parece inscribirse Borges pues, pese a su decidida defensa del habla bonaerense, en ningún momento cae en la tentación de caracterizar al castellano de Buenos Aires como superior o más correcto que el peninsular. En «El idioma de los argen-

²¹ BORGES, Jorge Luis [1941]. «Las alarmas del doctor Américo Castro». En: BORGES, Jorge Luis. *El lenguaje de Buenos Aires*. Buenos Aires: Emecé, 1965, pp. 42-43.

²² Por ejemplo, SINGH, Rajendra. *Lectures against Sociolinguistics*. Nueva York: Peter Lang, 1996, p. 112, muestra que las descripciones lingüísticas de algunas variedades del inglés se hacen siempre como desviaciones de los dialectos británico o norteamericano, y se pregunta «*Why should the Cameroonian or Irish or Indian care what the British or American does or does not do? Perhaps more importantly, the question is what could he do even if he did care?*».

²³ SAPIR, Edward [1921]. *El lenguaje*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1962, p. 145.

²⁴ *Ib.*, p. 248.

tinios» se había inclinado, más bien, a minimizar las diferencias estructurales que hay entre ambos dialectos y llegaba a la conclusión de que los contrastes se dan básicamente en la distinta connotación que entrañan muchas palabras.²⁵

Creemos necesaria una precisión final. Borges no empleaba el término *dialecto* en el sentido técnico de «variedad lingüística» o en el más específico de «variedad lingüística geográficamente determinada», a las que se refería como *hablas*; reservaba el término *dialecto* a las variedades no estándares de las lenguas, según el concepto regular vigente hasta hoy en los círculos no especializados.

No existe un dialecto general de las clases pobres

En «El idioma de los argentinos», Borges criticaba el hecho de que, al caracterizar el habla argentina, había dos posiciones encontradas: una que la igualaba por completo con la peninsular y otra que la caracterizaba como «arrabalera», una variedad propia de las clases socioeconómicamente marginales.

En este punto, en 1928, el autor argentino emitía un juicio al que los sociolingüistas llegaron décadas después y al que no todos han incorporado aún en su epistemología y metodología: «Arrabal es demasiado contraste para que su voz no cambie nunca. No hay un dialecto general de nuestras clases pobres: el arrabalero no lo es».²⁶

En efecto, la sociolingüística norteamericana conocida como variacionismo, barruntada desde fines de los sesenta por William Labov, partió, apoyada en modelos desarrollados por la sociología, de la división de la sociedad en cuatro grupos: clase media superior, clase media inferior, clase trabajadora y clase baja.

Y así, en todos los estudios que nos ofrece su obra medular, *Sociolinguistic Patterns*, aparecida en 1972, se trata a las clases sociales de Martha's Vineyard y Nueva York como grupos que manejan un mismo dialecto. Ahora bien, señalar esto implicaría que todos los hablantes de una clase social viven en la misma zona, frecuentan los mismos lugares y se relacionan básicamente con personas de su misma clase. Para el caso de la sociolingüística variacionista hispano-

²⁵ BORGES, Jorge Luis, art. cit., pp. 146-147.

²⁶ Íd., art. cit., p. 137.

americana, la división de la sociedad ha variado de estudio en estudio: desde *alta*, *media alta*, *media*, *media baja* y *baja*,²⁷ hasta *grupo culto* y *grupo popular*.²⁸

Esta clasificación podría mantenerse para una localidad muy reducida, en la que los sectores de vivienda estén claramente estratificados: en el sector X, la clase baja; en el sector Y, la clase media; y en el sector Z, la alta.

Sin embargo, ¿cómo aplicar esta partición a localidades cuyas clases sociales están diseminadas a lo largo de diversas zonas, particularmente, las clases bajas? ¿Es concebible que una persona humilde que vive en un extremo de la ciudad hable el mismo dialecto que su par residente en el otro extremo? Borges, treinta años antes, había entendido que no era así. No obstante, tomó a los seguidores de Labov casi dos décadas advertir los problemas que acarrearía la asignación de un dialecto a una determinada clase social.

Ahora bien, fue la británica Lesley Milroy quien, en 1980, con su libro *Language and Social Networks*, propugnó un afinamiento de las clasificaciones antes mencionadas mediante el desarrollo del concepto de *red social*, noción ya bosquejada por Blom y Gumperz en *Social Meaning in Linguistic Structures: Code Switching in Norway*, de 1972. Así, el estudio de redes sociales supone no trabajar más con categorías sociológicas predeterminadas en las que se inscriben tales o cuales hablantes, sino estudiar a hablantes particulares y la interacción que mantienen con las personas que conforman su entorno. Precisamente, una de las conclusiones a las que se llegó fue que los hablantes de las que se consideraban tradicionalmente clases bajas pertenecían a redes sociales cerradas o densas, es decir, se trataba de personas que se desenvolvían en un espacio limitado y que se conocían muy bien entre sí. En otras palabras, los hablantes de bajos recursos socioeconómicos de un extremo de la ciudad no tienen normalmente contacto con sus similares del otro extremo y, por ende, no tienen por qué manejar el mismo dialecto.

²⁷ SILVA-CORVALÁN, Carmen. *Sociolingüística. Teoría y análisis*. Madrid: Alhambra, 1989, p. 92.

²⁸ CARAVEDO, Rocío. *Sociolingüística del español de Lima*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1990, pp. 173-177.

Sobre la utilidad del Diccionario de la Academia

En el primer diccionario de inglés, *A Table Alphabeticall*, de Robert Cawdrey, aparecido en 1604, se podía leer una advertencia preliminar:

*A Table Alphabeticall, conteyning and teaching the true writing, and understanding of hard usuall English words, borrowed from the Hebrew, Greeke, Latine, or French &c. With the interpretation thereof by plaine English words, gathered for the benefit & helpe of Ladies, Gentlewomen, or any unskilfull persons.*²⁹

Al margen del malestar que puedan suscitar los prejuicios contenidos en esta nota inicial, se puede apreciar que el diccionario estaba concebido como una ayuda para el entendimiento de palabras comunes (en uso) y, aunque estuviera pensado para «personas de poca habilidad», es evidente que se valían de él no solamente las mujeres y los hombres de escasa cultura. Ante todo, el diccionario debe ser una ayuda para los hablantes.

Borges, en «El idioma de los argentinos», cuestiona duramente los propósitos lexicográficos de la Academia de la Lengua, al señalar que:

Abre el patán y el que no es patán nuestro diccionario y se queda maravillado frente al sin fin de voces que están en él y no están en ninguna boca. No hay un lector, por más lector de otras publicaciones que sea, que no resulte convencido de ignorancia frente a estas páginas. El criterio acumulativo que las dirige —el que sigue cargando sobre el léxico de la Academia los vocabularios enteros de germanía, de heráldica, de arcaísmos— ha reunido esas defunciones.³⁰

Es justificable la disconformidad con tales criterios lexicográficos en alguien que no considera el lenguaje (en este caso, las lenguas) como un objeto en sí mismo, sino como una actividad realizada por sus hablantes: lo que ya no se habla, ya no es lenguaje.

Pero inclusive alguien que creyera en la existencia objetiva de las lenguas exigiría una separación entre un diccionario histórico (con

²⁹ SINGH, Rajendra, ob. cit., p. 126.

³⁰ BORGES, Jorge Luis, art. cit., p. 141.

voces que ya no pertenecen al habla cotidiana) y uno sincrónico (que contemple voces de uso corriente). Precisamente respecto de esto, podemos citar el *Diccionario de lingüística* de Theodor Lewandowsky:

Un problema fundamental de la lexicografía es el carácter normativo-prescriptivo u objetivo de un diccionario [...] *especialmente para la descripción sincrónica de la lengua actual es esencial la exigencia de una consideración máxima del uso real* [énfasis nuestro].³¹

Si el primer diccionario inglés estaba dirigido a «personas de poca habilidad», el diccionario de la Academia ¿a qué público apunta? Como lo advierte Borges, tanto el inculto como el culto se sienten ignorantes ante la cantidad de palabras que aparecen en él y que ellos desconocen.

Sin desmerecer la justificada crítica borgeana, en favor del diccionario de la Academia podría esgrimirse el argumento de que tal cúmulo de palabras arcaicas o ajenas al vocabulario común puede permitir la comprensión de muchos textos literarios cuyos autores no «amillonan» la lengua mediante innovaciones propias, sino tomando préstamos léxicos en desuso y apelando a léxicos especializados.

Conclusiones

Las reflexiones arriba expuestas no tienen pretensiones de exégesis unívoca del pensamiento real de Jorge Luis Borges en relación con el lenguaje, ni se proponen bosquejar, siquiera superficialmente, la totalidad del mismo; más bien expresan una lectura con ojos de lingüista, no de estudioso de la literatura, de los ensayos borgeanos relacionados con el lenguaje.

Si bien es cierto que existen huellas del pensamiento mauthneriano y croceano en Borges, evidenciadas no solo en sus ideas sino también en alusiones directas a estos filósofos del lenguaje, no ha sido intención nuestra sugerir que también haya conocido a algunos de los otros lingüistas arriba citados. William David Foster se preguntaba si Borges había leído o no el *Curso de lingüística general* de Saussure, por las no pocas coincidencias en torno al lenguaje que había encontrado entre

³¹ LEWANDOWSKY, Theodor. *Diccionario de lingüística*. Madrid: Cátedra, 1986, p. 208.

ambos.³² Si lo hizo o no, el hecho es que ninguna mención de Saussure puede hallarse en sus escritos, como tampoco de los otros autores con los que hemos creído encontrar semejanzas.

En todo caso, hemos pretendido resaltar el hecho de que el escritor argentino era consciente de muchos de los problemas relacionados con el lenguaje y su descripción y que, sin haber tenido una formación lingüística especializada, puede considerársele como un lingüista *avant la lettre*.

Bibliografía

BELLO, Andrés y R. CUERVO

1960 *Gramática de la lengua castellana*. Buenos Aires: Sopena, 1960.

BORGES, Jorge Luis

[1928] 1994 «Indagación de la palabra». En: BORGES, Jorge Luis. *El idioma de los argentinos*. Buenos Aires: Seix Barral.

[1928] 1994 «El idioma de los argentinos». En: BORGES, Jorge Luis. *El idioma de los argentinos*. Buenos Aires: Seix Barral.

[1941] 1965 «Las alarmas del doctor Américo Castro». En: BORGES, Jorge Luis. *El lenguaje de Buenos Aires*. Buenos Aires: Emecé.

[1926] 1998 «El idioma infinito». En: BORGES, Jorge Luis. *El tamaño de mi esperanza*. Madrid: Alianza.

[1926] «Palabrería para versos». En: BORGES, Jorge Luis. *El tamaño de mi esperanza*. Madrid: Alianza.

CARAVEDO, Rocío

1990 *Sociolingüística del español de Lima*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1990.

CISNEROS, Luis Jaime

1986 «1926: Borges y el lenguaje». *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*, n.º 21, pp. 32-47.

³² ECHEVARRÍA, Arturo, ob. cit., pp. 101-103.

- COSERIU, Eugenio
1972 *Teoría del lenguaje y lingüística general*. Madrid: Gredos.
- CROCE, Benedetto
[1902] 1962 *Estética*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- DAPÍA, Silvia
1999 «De la filosofía a la crítica del lenguaje: Fritz Mauthner y Jorge Luis Borges». En: TORO, Alfonso de y Fernando de TORO (eds.). *Jorge Luis Borges. Pensamiento y saber en el siglo XX*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana, Vervuert.
- ECHEVARRÍA, Arturo
1983 *Lengua y literatura de Borges*. Barcelona: Ariel.
- HELFT, Nicolás
(1997) *Jorge Luis Borges: bibliografía completa*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LABOV, William
1972 *Sociolinguistic Patterns*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- LEWANDOWSKY, Theodor
1986 *Diccionario de lingüística*. Madrid: Cátedra.
- MILROY, Lesley
[1980] 1995 *Language and Social Networks*. Oxford: Blackwell.
- RIVAROLA, José Luis
1991 *Signos y significados*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- SAPIR, Edward
[1921] 1962 *El lenguaje*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- SILVA-CORVALÁN, Carmen
1989 *Sociolingüística. Teoría y análisis*. Madrid: Alhambra.
- SINGH, Rajendra
1996 *Lectures against Sociolinguistics*. Nueva York: Peter Lang.
- WELLS, Rulon
1947 «Immediate Constituents». En: JOOS, Martín. *Readings in Linguistics I*. Chicago: Chicago University Press.